



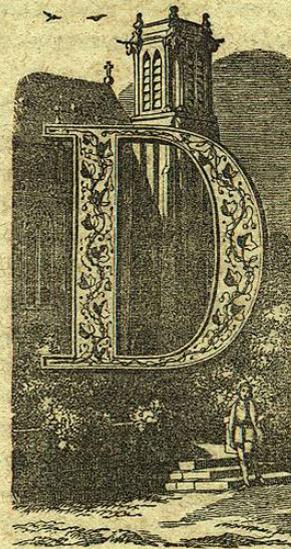
H. Iriarte litó

Lito. de M. Murguía y C<sup>o</sup>

EL BARBERO.



## EL BARBERO.



E seguro se pronuncian, se sublevan se insurreccionan ciertos individuos de la familia *rapadora*, con solo ver el epígrafe del presente artículo!—¡Ese no es escritor! exclamará la raza que tiene por oficio destruir el distintivo exterior que la naturaleza dió al hombre, para distinguirlo del sexo desbarbado, aunque este tambien tiene sus pelillos.—Ese no es escritor, ni conoce las costumbres, ni es capaz de sacramentos, ni. . . . ¡Gaznápiro! intruso! evangelista! sabe vd. siquiera el color que tiene la tinta? usted, que quiere escribir artículos sobre el *barbero*. . . .? Ven-ga vd. acá, reverendo bárbaro: ¿dónde encuentra vd. hoy al barbero? Vamos; puede vd. mostrárnoslo. Por ventura ignora vd. señor retro-grado, que en estos tiempos ya no hay barberos, aunque sobran bar-bas; y que lo que hay son peluqueros, aunque las pelucas solo se han quedado para los cómicos y las gentes que *no tienen un pelo* de ton-

tas? No sabe que la *flebotomía* es hoy nuestra *ciencia*; y que por consiguiente, somos *flebotomianos* y no barberos; nombre prosaico, insonoro, nauseabundo, con el cual quiere vd. presentarnos ante las respetables barbas del público barbudo y despejado?

—Pero señores, si vdes. cortan barbas mas que ninguna otra cosa...!

—Ciertamente!

—Vdes. jamas hacen pelucas.

—Muy bien dicho!

—Ni siquiera las peinan, porque no las hay en nuestros dias.

—Y qué?

—Ademas, vdes. pegan ventosas, curan caústicos, aplican sanguijuelas, y de vez en cuando hacen el oficio de los verdugos de santa Apolonia.

—Cabalito! Adelante.

—Cómo adelante...?

—Sí; prosiga vd.

—No hay para qué. He dicho ya cuanto tenia.

—Ah, tunante! Con toda malicia se deja vd. en el tintero lo de flebotomianos...!

—Flebotomianos...? ¡diantre! Luego quiere decir que... eso es; claro está! *Flebotomía* es... *la ciencia de hacer pelucas!*

—Uf! blasfemia!

—Sacrilegio!

—Fuera el escritorzuelo bárbaro!

—Sí, sí; fuera el estúpido, el necio, el...!

He aquí, compasivo lector, el ruido que probablemente me buscaré por presentarte al Sr. *Flebotomiano* bajo el nombre con que allá en nuestras mocedades le conocimos, esto es, con el de *barbero* ó *rapacachetes*. Hoy quiere le llamen flebotomiano, y á fé que no deja de tener razon, pues flebotomía, como todo el mundo sabe, es el arte del *sangrador*, y no hay duda que el barbero sangra, aunque pocas veces en el sentido genuino de la palabra sangrar, y muchas en el figurado ó metafórico. En efecto, *chupar* sangre, que para mí es lo mismo que sacarla, quiere decir en sentido figurado y familiar: *Ir sacando la hacienda agena, &c.* ¿Y quién no conoce que las sangrías, sanguijuelas y ventosas, no son otra cosa que remedios especiales para aliviar al prójimo del peso de los bolsillos? Ademas, todo hijo de vecino sabe hace mucho tiempo

“Que todo aquel que es barbero

Se va subiendo á las barbas:

Al que *tiene pelo*, sientan,

Y al *pelado* lo levantan.”

Está visto: puesto que á nuestro personage le conviene en parte el

nombre de *flebotomiano*, llámenle así los que gusten, que yo seguiré llamándole *barbero*, aunque el tal nombre indique falta de respeto hácia la clase barberil. En verdad no puedo tratarle con mas miramiento, por la misma razon que tenia cierta vieja para no respetar á un S. Crispulo por haber conocido antes el árbol del cual el escultor hizo la efigie; y lo mismo que la vieja decia al santo, diré yo á mi hombre:

Como ayer te ví naranjo  
Hoy no te puedo adorar!

Entremos en materia.—No hace muchos años todavía, cualquiera ente barbudo que trataba de hacer de su edad un descuento aparente de diez Diciembres (los Abriles pertenecen á las niñas), dirigia sus pasos hácia una puertecilla cerrada con un par de celosías pintadas de azul ó verde, y algunas líneas coloradas. El dueño de la casa, apenas miraba al través de las celosías las varias secciones del cuerpo del visitante, corria apresurado para introducir al nuevo parroquiano, el cual tomaba asiento á instancias del amo de la casa, y despues de que le habian suplicado esperase un momento. Por supuesto, lector, ya has adivinado que hablamos de la tienda de un barbero, y que cuando este suplica al parroquiano lo espere *un momento*, es porque se halla en el *ejercicio de sus funciones*, y que por consiguiente se trata de esperar un cuarto de hora. Pues bien; supongamos que tú eres el que espera que lo *rapen*, y yo el que están *rapando*. Véamos entretanto la barbería, tal cual se hallaba hace algunos años.

Era una pieza cuadrada de cuatro varas por lado. Multitud de estampas, baratijas y figuras de papel recortado adornaban las paredes. Aquello parecia ya un campo de batalla segun las inmensas columnas de soldados: ya un remedo de la arca de Noé si se atendia á la muchedumbre de animales de diversas especies: ya, en fin, una parodia del juicio final, si se observaba aquel confuso desorden de animales bípedos y cuadrúpedos, sobre los que descollaban las imágenes del Salvador y algunos santos colocados á mayor altura enfrente de la puerta; siendo digno de notarse que los leones y corderos, los tigres y las palomas de papel se hallaban colocados á la derecha, es decir, en el sitio de los escogidos, mientras que los racionales ocupaban la izquierda, lugar destinado para los réprobos. Al pié de las imágenes se dibujaba en la pared, semejante á un murciélago de alas estendidas, el estuche de negro y grasiento cordobán, que contenia hasta una docena de navajas, que sin duda tuvieron la honra de afeitar á las huestes de Cortés. En la misma línea, y siempre descendiendo, se veia una mesa sobre la cual se hallaban algunas ventosas, dos botes de hojadelata con pomadas de limon y torongil, y algunos instrumentos para divorciar á dientes y muelas de las mandíbulas de algun paciente. En fin, la gui-